

Rector

Javier Cajiao Nieto

Coordinadores

Tania Alejandra Intriago Niño Ricardo Rodríguez Triana Javier Antonio Silva Fierro

Comité editorial

Federico Navarro Niño Pablo Arce Guzmán Ailín Prado Falla

Diseño y diagramación

Javier Antonio Silva Ricardo Rodríguez Triana

Ilustración

Victoria Giménez Villalobos

Comité de Fotografía

Violeta Medina Montoya

Editorial

La idea de hacer una edición especial de la Revista Greca surge de la conmemoración de los cuarenta años de la fundación de nuestra institución. Luego de algunas reflexiones acerca de cómo deberíamos enfocar los escritos de este nuevo número, llegamos a la idea de hacerlo desde la relación espacio y memoria. Pensamos que todas nuestras vivencias, nuestros momentos tristes y alegres, están determinados por el lugar geográfico donde los vivimos. Sentimos que, a pesar del transcurrir del tiempo, el recuerdo de las experiencias inolvidables emerge vívido en la memoria cuando volvemos por aquellos sitios. Nos colmamos de emociones y sentimientos que se tornan inenarrables. Solo aquellos que lo hayan podido experimentar sabrán a lo que nos estamos refiriendo. Bajo esta premisa y en el marco del Día del Idioma, les propusimos a todos los estudiantes de bachillerato escribir un texto que rememorara algún acontecimiento significativo para ellos, haciendo énfasis en el lugar del colegio donde ocurrió. Posteriormente, en lecturas compartidas, los jóvenes eligieron algunas para postularlas a la revista. Finalmente, el comité editorial seleccionó aquellas que hubieran tenido en cuenta los parámetros establecidos inicialmente. Decidimos intervenir los textos que escribieron nuestros compañeros lo menos posible, pues consideramos que a veces, en la espontaneidad, se filtra lo verdaderamente esencial. ¡Un muy feliz cumpleaños, Unidad Pedagógica, y que las historias sigan recorriendo tus rincones!

Comité editorial

Mapa del texto



Índice

1-Tobogán Victoria Giménez

2- Cosas que a todos les ha pasado si llevan en la Unidad desde primaria Tomás Valderrama

3- Stephen King presenta: Terror en la clase de Maritza Juan Diego Salcedo

4- Día del colchónSantiago Arenas

5- Ositos rockeros Ana Sofía Peñaloza

6- El rincón Mateo Vázquez

7- La primera aromática Sofía Varón 8- El muro de la paz Juanita Urdinola

9- Guerra sin cuartel Gorka Amochastegui

10- TrululúGabriela Yupanqui

11- El cigarrillo de Jaime Santiago Arbeláez

12- Las mañanas en la areneraCatalina Lozano

13- Las hermanas en la casa del árbol Gabrielle Cárdenas

14- Laguna Carrasquilla Alejandro Iglesias

Tobogán

Cuando nuestro grupo estaba en primaria (como entre primero y kínder), todos estábamos obsesionados con el tobogán amarillo, era el más grande, el más alto y su recorrido era más largo en comparación al tobogán verde. Muchos ponían en práctica sus habilidades acrobáticas en las escaleras sosteniéndose únicamente con las manos y dando volteretas hacia adelante y hacia atrás, que otros se tiraban gritando para luego tener que hacer fila y tirarse otra vez.

Un día me di cuenta de que si me sentaba en mi saco y alguien me empujaba, podía ir el doble de rápido. Pensando que era un genio, comencé a "vender" el servicio (me pagaban con las hojas de los árboles) a todos en mi grupo y algunos niños de maternal. Por tres días estuve vendiéndolo durante los descansos sin intervención alguna de los maestros. Al cuarto día me aburrí y lo dejé.

Victoria Giménez 10°A



Cosas que a todos les ha pasado si llevan en la Unidad desde primaria

- * A todos nos ha sacado o intentado sacar un diente Zahíra.
- * Todo estudiante que tuvo con Alex ha visto Escuela de rock mínimo tres veces (también aplica para Interstellar 5555).
- * Todos hemos hecho mil recetas.
- * Nos han leído muchos cuentos en la biblioteca.
- * Hemos hecho fuertes con las llantas.
- * Millones de castillos en la arenera.
- * Picnic en inglés.
- * Celebraciones de cumpleaños en el salón.
- * Decirle "Kencho" a Kennedy.
- * Quejarnos por la comida del Colegio.

Tomás Valderrama 9°B

Stephen King presenta: Terror en la clase de Maritza

La puerta estaba cerrada, Maritza seguía de pie frente a ella, con la mano sobre el picaporte. El silencio. Todos agachaban la cabeza sobre la hoja. Teníamos quince minutos.

Era sencillo. Comencé por escribir, con letra clara y firme: Sustentación, en grande. Luego, con la misma calidad, algo más pequeño y orillado, mi nombre. Era muy fácil, breve. Iba sobre la célula, sobre sus componentes y su importancia. Esta misma aparecía en blanco y negro, partida por la mitad y con letreritos vacíos que indicaban distintos sectores de la imagen.

Fácil "Easy". El núcleo, pequeño, en el centro, el flagelo, el citoplasma. Fácil.

En ese momento alguien levanta la mano.

-Tengo amnesia -dijo Maritza, sentándose en su puesto, quitándose los lentes oscuros, entrelazando las manos.

Bien, ya tengo tres respuestas, ahora solo faltan los otros treinta espacios en blanco. Volteo a ver, a mi derecha Alejandro Iglesias ha comenzado a rezar.

-Rezar no le ayudará mucho, dice Maritza desde su puesto. El hecho parece haberle hecho gracia.

Veo el dibujo circular, cuento los espacios en blanco, coloco una letra en uno



de ellos, vuelvo a contar, borro lo que he hecho y coloco la misma letra sobre otro espacio, vuelvo a borrarla.

Junto a mí, con la cabeza firme y la espalda recta, está Samuel Díaz, llenando el mismo espacio sobre el que yo había escrito esa única letra con otra completamente distinta. Es como un juego, pareciera chulear sin mayor problema, como quien responde a alguna cadena, esas que mandan las tías junto a fotos de Piolín y la virgen que dicen "Feliz domingo" o "Cuando estés triste, piensa que fuiste el espermatozoide que ganó la carrera hacia el óvulo". Es un crack.

Maritza se ha levantado de su puesto, se lleva las manos a la espalda, da vueltas por todo el salón, viendo sobre los hombros las respuestas. Se ha vuelto a poner los lentes. Ahora su expresión es dura como una roca, impenetrable, indeducible. "Complicado", dice al pasar sobre mí. "Complicado". Sí, ya lo sabe, estoy hecho (CENSURADO) ... Pero no, bien podría estarse refiriendo a Alejandro Iglesias, incluso a Samuel. ¿Quién quita que no se esté equivocando? Después de todo, yo tenía tres respuestas correctas, ¿verdad?

Vuelvo a escribir mi nombre, esta vez muy lento, cubriendo la hoja. Hay que disimular.

En frente mío veo a Santiago Peralta, inclinado, con las manos sobre la cabeza. Nuestras miradas se cruzan: Sus ojos de pánico, de: "Pero yo estudié", "pero cuando estoy bajo presión se me olvidan las cosas". Sí, yo lo entiendo, ambos estamos pensando en lo mismo. Alguien se queja. Maritza vuelve a sentarse.

-Imagine que es un árbol, mi tarea es agitar cada vez más fuerte ese árbol hasta que se le caigan todas las frutas.



(CENSURADO) (CENSURADO). Ahora, por cada mala palabra pondremos una un poco menos fuerte. ¡Oh, rayos y centellas! ¿Por qué tiene que pasarme esto a mí? Yo solo soy un buen sujeto que quiere pasar sin problemas, pero no, tengo que enrollarme en estos líos. Yo entiendo a Peralta, cuando estoy bajo presión no actúo bien, se me olvida contar de dos en dos o amarrarme los zapatos. ¡Por todos los cielos!

-Les quedan cinco minutos -dice Maritza.

Hay una misma reacción generalizada.

¡Chispas! ¿A qué hora? Veo a mi alrededor. Como decía Areliz: saber código morse en estos momentos ¿Y ahora quién podrá defenderme?, me pregunto. "Yo", dice una vocecita en mi mente, y yo le respondo "¡El Chapulín Colorado!". "No, la semana de recuperación", responde la vocecita.

¡Chispas!, ¡Chispas!, ¡Chispas y centellas! Yo solo soy un buen sujeto que quiere pasar sin problemas, pero no, en el camino hay centros para desquiciados. ¿Para qué me servía todo esto? ¿Qué me importaba el nombre de los orgánulos de una célula? ¿Qué me importaban las clases sociales, los mitos de Cthulhu, la diferencia entre un triángulo equilátero y un triángulo rectángulo? ¿Qué podía aportarme todo ello? Lo único que necesitaba era saber multiplicar, sumar, dividir y restar, escribir apenas lo justo como para redactar una hoja de vida, y que el gas con los fósforos no hacen buen juego. Nada más. Venía a invertir horas de vida que bien podría aprovechar dándole al Club Penguin o a romper el récord en "El dinosaurio de no hay conexión a internet" ¿Por qué formar profesionales? El placer por encima de todo: Vivir cómodamente, trabajando en un Mac Donald o de cajero en el D1, dejar una buena herencia y morir aplastado por una caja fuerte, sin darme cuenta siguiera el dolor.

Maritza se levanta y comienza a recoger las sustentaciones. ¡Chispas, rayos, por todos los cielos, nombre de aparato reproductor masculino a la cuatro mil, oficio de mujer que da placer en cuartos ocultos y de dudosa legalidad y boñiga de perro! En cuatro segundos lleno todos los espacios vacíos,

le entrego la hoja cabizbajo. Ella la junta con las otras como si allí no estuviese contenido mi futuro profesional.

Abre la puerta.

PDT: Este cuento va con todo mi corachonchito dedicado a Maritza, que espero no me mate y disfrute este cuento tanto como yo disfruté escribirlo. Todo bien y abrazos.

Juan Diego Salcedo 9B

Día del colchón

Todo empezó cuando nos mandaron al colegio con el pijama, se iba a organizar el día del colchón. En ese momento estaba en transición A. Todos llevamos nuestros peluches. Yo llevé a mi favorito, su nombre era Lorenzo, un perrito blanco con café. Bailamos, hicimos una guerra de almohadas y una pasarela en donde estaba con Mousab y Jerónimo jugando con nuestros peluches. Quizá casi nadie se acuerde, pero yo sí, y me divertí mucho.

Santiago Arenas 6A



Ositos rockeros

En maternal, hace mucho tiempo, cuando todavía Sofi cuidaba a los niños y Patricia -más conocida como "Pato" - era profesora junto a Fabi, llegaron un grupo de niños no tan unidos pero sí imperativos que más tarde nos llamaríamos Ositos rockeros, porque ese fue el tema elegido del año.

Se trataba de una banda de rock que trabajaba para hacer su gran presentación. Duraron todo el año diseñando sus trajes, construyendo los instrumentos, escogiendo las canciones, practicando y montando el escenario que en realidad lo armó Angelito. Fabi trajo las luces y la máquina de humo.

Cada vez faltaba poco para el gran día y el salón ya no era un salón sino un escenario: con una gran tarima de madera donde se ubicaban los instrumentos, las ventanas tapadas con tela negra y un puesto de palomitas para los fans, administrado por Nidia, la profesora, y una osita rockera. Llegó el gran día y todos los ositos rockeros con las caras pintadas y con su traje de rock, esperaban con ansias a sus fans: los papás.

Minutos antes de salir a escena para dar el gran espectáculo nos preparamos. Al entrar, todo estaba oscuro y con humo en todo el escenario subimos a la tarima y nos presentamos a los fans que nos aplaudieron felizmente. Ese día fue mágico.

Ana Sofía Peñaloza 7°A



El rincón

Detrás de la pileta, de la primera pileta que hubo en el colegio –por lo menos la primera que recuerdo– era nuestro lugar especial, era nuestro rincón. Entre dos paredes y al frente del taller de metales y del salón de transición era nuestro lugar de encuentro. Siempre y sin excepción, en cada descanso mis amigos y yo nos reuníamos ahí a jugar con cartas. Las poníamos sobre la pared y a un par de metros y con una piedrita, teníamos que intentar tirar las cartas del otro, quien lo lograra se las quedaba. En ese entonces éramos pequeños, niños de no más de ocho o nueve años, la mayoría egoístas pero sobre todo éramos tramposos. Cada vez que alguien perdía en el juego se molestaba mucho, empezaba a pelear con los demás y sacaba excusas: "No se vale, es que el viento estaba muy fuerte", decían unos. Otros, más astutos, reprochaban: "Este juego solo era de prueba, ahora sí viene el de verdad".

Las peleas abundaban. Los que ganaban querían las cartas que, según las reglas del juego, eran suyas. Los que perdían tenían tres opciones: la primera era aceptar que habían perdido y entregar las cartas -cosa que no era muy habitual-; aunque con el tiempo, para evitar las peleas o seguir con el juego, cualquiera de las dos partes terminaba cediendo. La segunda opción era intentar negociar: "Te doy dos cartas a cambio de la que perdí", pero tampoco éramos honestos ni tontos, por lo que dábamos dos de las cartas más feas que teníamos. La última opción, a la cual se acudía con frecuencia, era la de retirarse del juego. Si no lográbamos realizar con éxito alguna de las otras dos opciones para seguir jugando -sacar excusas o negociar- solo decíamos, "Pues ya no juego", y nos íbamos como si nunca hubiera pasado nada, solo que no sabíamos que la



siguiente vez que intentáramos jugar vendrían los problemas. Éramos pequeños y no entendíamos de apuestas, no sabíamos que al apostar algo, teníamos el riesgo de perderlo como la oportunidad de ganar algo.

Quizás este no sea un lugar muy emblemático o especial para el colegio ni para los demás estudiantes; de hecho, ese lugar no tenía nada especial. Pudimos haber escogido cualquier otra esquina, cualquier otro lugar con dos paredes en donde pudiéramos poner nuestras cartas y jugar, pero por casualidad escogimos esa y así quedó, ese era nuestro rincón.

Mateo Vásquez 10B

La primera aromática

Era el año 2014, yo estaba en quinto y era una mañana muy fría. Estaba hablando con mi amiga Iara de lo injusto que era tener que esperar un año más para poder ir a tomar algo caliente.

Cuando pensaba que la conversación había terminado, ella me miró y me dijo lo siguiente: "¿Por qué no vamos y ya? Estamos en sudadera y dudo que noten la diferencia entre dos niñas de sexto y dos de quinto."

Yo pensé que era demasiado arriesgado, pues nuestra maestra era Gina y, la verdad, le tenía mucho miedo a que me regañara. Sin embargo, ella logró convencerme y ahí estaba yo, caminando hacia la casita rosada. Delante de nosotras iban tres niños de once hablando de sus cosas de "niños grandes", mientras que yo me acercaba lentamente a lo que pensaba que era mi primera reflexión. Seguí caminando y pasé al lado de los maestros que paran a conversar justo en el giro que toca hacer para dirigirse hacia ese pequeño camino de ladrillo que nos llevaría a la entrada de la casita rosada. Cuando llegué a la fila solo podía pensar en que todos a mi alrededor sabían que yo no debía estar ahí.

Quedaban solo los tres niños de once delante de nosotras y el miedo se alejó, quería sentirme grande como ellos, más de lo que quería esa agua aromática. Entonces me serví. Le puse dos cucharaditas llenas de azúcar, un poco de limón, esperé a que Iara terminara la suya y nos fuimos juntas para el salón.

Sofía Varón 10A



El muro de la paz

Llegué el año que construyeron el muro de la paz. No sabía mucho de la filosofía del colegio, del sentido de comunidad que había ni de la diversidad de formas en las que se puede construir este y otros conocimientos. A pesar de esto, y de no comprender muy bien el espacio de la Semana por la Paz, me parecía muy hermoso que buscaran literalmente construir algo para la paz. Me pareció incluso más valioso que todos pusiéramos un mensaje en ella, que se quedara ahí dentro, marcando su significado. El día que fuimos a poner los mensajes, vi un pedazo de ladrillo roto, lo cogí. Aún lo tengo, un pequeño pedazo del muro de la paz en mi closet.

De esa forma he recogido pequeños recuerdos y pedazos del Colegio. Así fue como le presenté el colegio a mi hermana apenas entré: un pedazo de silla, un poco de pared, algún letrero; formas de conocer un espacio sin haber estado en él y formas de recordarlo cuando deje de venir.

Juanita Urdinola 10°B

Guerra sin cuartel

En silencio, en silencio comienza todo.

La verde planicie, en el auspicio de la contienda.

De esta, parte la elevada meta.

Soberbia montaña, se baña en suspenso de la próxima hazaña.

Rompe el silencio. La carga.

Comienza amarga contienda.

Batalla caótica, no exenta de reglas: No golpearás, no morderás y no sangrarás. La contienda horrenda y digna de leyenda. Continúa feroz pero no vacua.

Llantos, gritos y empujones, una guerra sin cuartel, inimaginablemente cruel: un todos contra todos, cual batalla de carrusel, y... todo por una imaginaria torre de babel.

Al fin quedará uno, un rey, uno sin ley, un rey en la montaña, un rey de la montaña.

La contienda acabará, y uno a uno, los contendientes se irán, así como el rey, y la ley de la montaña volverá esperando una próxima hazaña.

Gorka Amuchastegui 9°A



Trululú

Se acercaba el viernes. Ese día había un evento que reuniría a todo el salón. Era la primera boda del año, la pareja se alistaba y la novia empezaba a elegir sus damas de honor y sus pajecitas. Ese día tenía que ser perfecto, la comida y la bebida estaban listas de primeras.

Lo siguiente en la lista era escoger el lugar. Llevamos a la pareja al jardincito, las montañitas, la parte de atrás de sala de sistemas y al parqueadero, que casi siempre elegían este último espacio.

Ya casi todo estaba listo, solo nos faltaba el cura. Siempre elegíamos a alguien de bachillerato. El reto era entrar al módulo cuatro y pedirle a alguien que casara nuestra pareja. Después de insistir lo lográbamos y había trato: sería el cura si le dejábamos comida.

Era el día elegido. Todos ya traíamos nuestra comida y la ropa especial, la novia era vestida por las chicas del curso y el novio por lo muchachos. En el último bloque era la ceremonia. Decorábamos el parqueadero con montones de pasto recién cortados y lo ubicábamos de forma vertical indicando el camino hasta donde se encontraba el cura.

La novia entraba acompañada de su séquito de amigas y en las manos llevaba un ramo de flores recién cortadas del jardín. Cuando la pareja se reunía era hora de poner los anillos. Estos eran gomitas Trululú, que posiblemente durarían solo hasta esa tarde. Luego de esto, un beso en la mejilla culminaba la ceremonia y las crispetas volaban como arroz acompañando a la pareja hasta donde quedaba el lugar de la comida. Nos reuníamos a comer, el cura cogía parte del trato y se iba. La fiesta acababa con el canto de salones y todos corríamos a cada espacio con la satisfacción de sentirnos como grandes, de jugar a ser grandes por un momento.

Gabriela Yupanqui 10°B



El cigarrillo de Jaime

Recuerdo que en la casita rosada por las tardes nos sentábamos al frente de Juana viendo el álbum del colegio. De pronto, el olor del cigarrillo de Jaime emanaba a toda la casita; durante ese tiempo antes de terminar el álbum y seguir con el siguiente, Jaime se acercó a preguntarnos qué estábamos haciendo. Le respondimos que estábamos viendo los álbumes del colegio y Jaime nos dijo que por qué no estábamos jugando afuera con los demás niños de nuestro salón. Le respondimos que nos gustaba ver las fotos de nuestros compañeros de nuestro curso. En ese momento Jaime nos dijo que no perdiéramos los álbumes del colegio y regresó a su oficina. Terminamos de observar las últimas fotos. De repente nos fijamos que ya era salones y no se escuchaba a los demás niños jugando afuera. Antes de irnos regresamos todos los álbumes a la oficina de María Elena y salimos de la casita rosada al salón. El maestro nos preguntó que por qué llegamos tarde y le explicamos que nos concentramos viendo fotos del colegio, y de los antiguos egresados.

Santiago Arbeláez 8°B

Las mañanas en la arenera

Todas las mañanas al llegar de la ruta, íbamos a la arenera del maternal, hace nueve años. Llegábamos a la arenera con muchas ganas de jugar, hacíamos una pastelería con los baldes y los decorábamos con flores, semillas y demás.

Invitábamos a todos los que pasaban al frente nuestro, ofreciéndoles los pasteles que hacíamos. Los vendíamos simulando el dinero con piedras. Nos quitábamos las medias, los zapatos y llevábamos agua. Nos regañaban y llegábamos tarde a clase, pero los más importante era que nos divertíamos y los disfrutábamos.

Catalina Lozano 7°B



Las hermanas en la casa del árbol

Mis amigas y yo en ese entonces teníamos 7 años; estábamos en primero de primaria. Nuestros juegos favoritos eran saltos naturales, la familia, chicas vampiro y las hermanas en la casa del árbol.

Siempre, después de tomar onces o almorzar, nos íbamos al árbol de maternal y organizábamos todas las habitaciones, además de establecer el orden de las hermanas de mayor a menor. El juego consistía en unas hermanas huérfanas que vivían en el árbol, el cual tenía tantas ramas que cada una escogía su habitación. Pero siempre había un inconveniente: Antonia elegía el mejor cuarto. Le decíamos que era muy injusto. Ella decía que tenía que tener la mejor alcoba porque era chiquita. Nos poníamos furiosas.

Un día pasó algo terrible. Estábamos jugando. María Paula estaba estaba en su alcoba jugando, se levantó, se resbaló de la rama y se cayó; no se podía levantar por el dolor que tenía. La recogieron para llevarla al hospital. Al día siguiente María Paula llegó con un yeso en el brazo. No volvimos a jugar por un tiempo.

Gabrielle Cárdenas 7°B

La laguna Carrasquilla

El agua corría por todos lados; en algunos, oculta por los pastales, casi imperceptible.

Todos éramos víctimas. La sensación húmeda en las plantas de los pies. Lugares sagrados clausurados por el húmedo ambiente que, según los adultos, "nos hacía daño". El aburrimiento reinaba en los módulos, los juegos de mesa, el Twister y el ajedrez (que, por cierto, jugábamos con nuestros propios patrones de movimiento) no eran suficientes para calmar nuestra ansiedad.

Los más sofisticados utilizaban su reproductor MP3 esperando que la hora de clase llegara. Otros, un poco más extrovertidos y subversivos, se ponían su equipo especial de expedición, es decir, botas pantaneras, y salían en busca de especies nuevas de lombrices y renacuajos. El ruido de alrededor cien niños gritando dentro de un módulo aturdía, o más bien, ensordecía a cualquiera: era un caos total del que nadie podía escapar. Sin embargo, pocos lo percibíamos.

El espacio por el que podíamos caminar eran los caminos pavimentados o pequeñas zonas verdes delimitadas por cintas amarillas que solo respetábamos por el miedo a hundirnos, como en arena movediza.

De repente el colegio se había inundado y entonces era una laguna, "La laguna Carrasquilla".

Alejandro Iglesias 9°B



